

ANDRÉS LAGUNA Y SALAMANCA

MIGUEL ÁNGEL GONZÁLEZ MANJARRÉS*

RESUMEN: Con el presente trabajo tratamos de destacar la importancia que la ciudad de Salamanca tuvo en la formación del médico segoviano Andrés Laguna (*ca.* 1511-1559), uno de los más grandes representantes del humanismo médico español. En el año 1525 ingresó en la Facultad de Artes de su Universidad, donde cursó sólo los primeros años, y en la ciudad del Tormes se alojó como pupilo, de lo que después cuenta graciosas anécdotas en alguna de sus obras. También recogemos pasajes de Laguna en los que ofrece sus opiniones sobre la calidad del centro de estudio salmantino, al que tilda de lugar dominado aún por la vieja ciencia escolástica. Por último, analizamos los vínculos que Laguna estableció en Salamanca con otros jóvenes condiscípulos suyos, deteniéndonos especialmente en la gran amistad que le unió de por vida a Juan Aguilera y en la turbia relación que mantuvo con el portugués Amato Lusitano.

SUMMARY: With this work we try to outline the importance that the city of Salamanca had in the Segovian doctor Andrés Laguna's education (*ca.* 1511-1559), one of the biggest representatives of the Spanish medical humanism. In 1525 he started the studies of Art at the University of Salamanca, where he studied only the first years, and in the city of the river Tormes he lodged as a student, about what he tells funny anecdotes in some of his works. We compile also some Laguna's passages, where he offers his opinions about the quality of the University of Salamanca, which is described as a place still dominated by the old scholastic science. Finally, we analyse the links he established in Salamanca with his other young classmates, paying a special attention in the big friendship he had for life with Juan Aguilera, and in the clondy relationship he supported with the Portuguese doctor Amato Lusitano.

PALABRAS CLAVE: Humanismo / Medicina / Siglo XVI / Andrés Laguna / Salamanca.

* Departamento de Filología Latina. Fac. de Filosofía y Letras. Universidad de Valladolid.

1. INTRODUCCIÓN

Con sólo hacer un somero repaso de la vida y la obra del segoviano Andrés Laguna (ca. 1511-1559), se llega fácilmente a la conclusión de que nos encontramos ante uno de los máximos representantes del humanismo médico español del siglo XVI¹. Nacido en Segovia de padres conversos, y después de estudiar primeras letras en su ciudad natal y comenzar el Bachillerato de Artes en Salamanca, viajó muy joven a París para terminar su Bachillerato de Artes y realizar a su vez el de Medicina, bajo la enseñanza de maestros como Gunther von Andernach, Jacques Dubois (Silvio), Jean de la Ruel (Ruelio) o Jean Tagault, y con condiscípulos que a la postre lograrían alcanzar una gran fama, como fueron Andrés Vesalio o Miguel Servet. En la ciudad del Sena publicó ya sus primeras obras, entre las que destaca especialmente su tratado *Anatomica methodus* (1535), primer trabajo sobre métodos anatómicos procedente de la prestigiosa escuela de París, imbuido ya del nuevo galenismo humanista y en el que cobra esencial importancia como criterio de autoridad la propia experiencia disectiva². De regreso a España en busca de fortuna y colocación, residió en nuestro país hasta 1539, tras haber pasado sin grandes éxitos profesionales por Alcalá y Toledo, en lo que es posible tuviera mucho que ver su condición de cristiano nuevo. No obstante, en Alcalá publicó un tomo con tres nuevas obras: una traducción latina del pseudoaristotélico *De mundo* y sendas versiones latinas de dos diálogos de Luciano de Samosata, la *Tragopodagra* y el *Ocypus*. Las pocas oportunidades que encontró en España le forzaron a buscar nuevas fronteras: viajó por Inglaterra, por los Países Bajos, por Alemania, hasta que fue contratado en 1540 como médico municipal de la ciudad imperial de Metz, cargo en el que se mantuvo durante cinco años. Esta etapa fue doblemente fructífera para el segoviano: compuso y publicó en las prensas de Colonia un número importante de obras, entre las que destaca la traducción latina de un tratado bizantino del siglo X sobre agricultura y zoología, conocido como las *Geopónicas*, las *Castigationes* a la versión que de este mismo tratado había hecho antes el médico alemán Jano Cornario y, sobre todo, su *Discurso de Europa*, peroración influida por el irenismo erasmista y defensora de la política imperial de Carlos V, que pronunció en el Aula Magna de la Universidad de Colonia en enero de 1543; y, como decíamos, la etapa de Metz fue también beneficiosa para Laguna desde el punto de vista económico, pues rubricó allí un contrato para encargarse del avituallamiento de las tropas imperiales que le reportó pingües beneficios y que le permitió des-

1. A tal empeño hemos dedicado nuestra Tesis Doctoral *El humanismo médico de Andrés Laguna*. Valladolid: 1998 y el libro *Andrés Laguna y el humanismo médico. Estudio filológico*, Salamanca: 2000. Para la biografía de Laguna, además de las obras anteriores, véase HERNANDO, Teófilo, «Vida y labor médicas del Doctor Andrés Laguna». En *Vida y obra del Dr. Laguna*. Salamanca, 1990 (repr. del tomo XII de la revista *Estudios Segovianos*. 34-35, 1959. Segovia), pp. 81-204; así como su «Introducción y comentarios». En LAGUNA, A., *Dioscórides*. Instituto de España. Madrid: 1968, pp. 15-172.

2. Cf. O'MALLEY, Ch.D., «Andres de Laguna and his *Anatomica methodus*». En *Physis*. V 1, 1963. pp. 65-69.

pués dedicarse con mayor empeño al cultivo de las letras. Cobrado su dinero marchó pronto a Italia, en un viaje escalonado que le hizo detenerse en Bolonia para obtener allí su título de Doctor en Medicina y que le llevó finalmente a Roma, en donde compró a la curia papal algunos títulos de nobleza y dos beneficios eclesiásticos en España, y en donde fue admitido honoríficamente como médico del papa Julio III. Bajo la protección de importantes mecenas, como el Cardenal Mendoza o el humanista Diego Hurtado de Mendoza, compuso Laguna sus trabajos más importantes: las dos *Epitomes* de las obras completas de Galeno, basadas en las nuevas versiones humanísticas; su traducción castellana del *Dioscórides*, que publicaría en 1555 en Amberes; algunos tratados monográficos de medicina, como el dedicado a la enfermedad articular o el que trata de la curación de las carúnculas uretrales. Laguna estuvo en tierras italianas hasta 1554, año en que viajó de nuevo a los Países Bajos, en donde publicó ya sus últimas obras: el *Dioscórides*, un tratado en castellano sobre la peste, la traducción española de las *Catilinarias* de Cicerón y una *Epístola apologética* contra el alemán Jano Cornario³. En 1558 viajó de nuevo a España, en donde murió el 28 de diciembre de 1559.

La variedad de su vida y de su obra, su comprometido carácter político y religioso, su conocimiento de las lenguas clásicas, su contribución a la difusión del nuevo galenismo humanista hacen de Andrés Laguna, como ya señalábamos, uno de los más internacionales representantes del humanismo médico español. Pese a que, según hemos comprobado, pasó la mayor parte de sus años fuera de España, la educación básica de Laguna, sus primeros estudios de letras y su primer acercamiento a las lenguas clásicas los llevó a cabo en nuestro país: concretamente en Segovia, donde estudió gramática con Juan de Oteo y Sancho de Villavesano; y ya más tarde en Salamanca, en donde cursó los años iniciales de su Bachillerato de Artes. A pesar de su corta estancia en esta ciudad, Andrés Laguna recuerda en algunas de sus obras, incluso en las de su última etapa, anécdotas y vivencias de su paso por la ciudad del Tormes, al mismo tiempo que habla de su Universidad, de sus maestros y de sus propios condiscípulos. De todo ello, pues, daremos cumplida referencia en las páginas que siguen.

2. ESTANCIAS Y RECUERDOS

Con tan sólo 14 años, alrededor de 1525, abandonó Laguna Segovia para marchar a estudiar Artes a la Universidad de Salamanca. Por entonces, cuando Alcalá todavía estaba consolidándose como centro de nueva formación, Salamanca era ya la auténtica «capital intelectual» de la Corona de Castilla, su población ascendía a

3. De esta época sería también, en caso de admitir las teorías de M. Bataillon, el *Viaje de Turquía*, que el erudito francés atribuye a nuestro médico. Cf. BATAILLON, M., *Erasmus y España*, Madrid-México-Buenos Aires, 1979, pp. 669-692 y *Le Docteur Laguna auteur du Voyage en Turquie*. París, 1958.

unos 25.000 habitantes y su Universidad contaba con un nutrido número de estudiantes, que alcanzó a finales de siglo la cifra de 7.000⁴.

Los estudiantes matriculados, procedentes de los más diversos lugares, solían recurrir a dos formas de alojamiento: mediante una «beca» en alguno de los Colegios Mayores o Menores adscritos a la propia Universidad, o bien como «pupilos» en alguna casa particular de hidalgos o bachilleres, o en posadas privadas y, por lo general, de condición humilde en las que convivían con arrieros, trajinantes y gentes de la más diversa índole⁵. El estudiante, como tópicamente nos recuerda nuestra tradición literaria, procedía normalmente de familias modestas y pasaba en la ciudad una vida bastante apretada y rigurosa, llegando algunos a buscarse el sustento con la mendicidad, sirviendo como criados o practicando negocios y trapicheos que rayaban la ilegalidad. La mayor parte de los estudiantes de fuera solía vivir a pupilo, ya que los Colegios acogían a un número muy reducido de jóvenes que debían cumplir unos requisitos básicos: ser pobres y de probada capacidad intelectual y, sobre todo, pertenecer a familias de cristianos viejos⁶. Pese a que los estudiantes acogidos a los Colegios solían estar sometidos a una férrea disciplina establecida en los propios Estatutos, los documentos de la época⁷, insistiendo en la necesidad de imponer medidas más rigurosas y resolviendo conflictos y faltas continuas de los colegiales, nos hacen entender que en muchos casos ese control se veía burlado con cierta asiduidad.

Pero la indisciplina y la vida más disoluta y licenciosa era la que llevaban muchos de los estudiantes que vivían como pupilos en hospederías y mesones públicos, en casas de familias humildes, de especuladores profesionales o de bachilleres pobres, en donde la independencia y el contacto diario con gentes de toda laya y condición hacían de ellos el prototipo del pícaro que nos retrata la literatura de la época. Y aunque la Universidad controlaba en cierta manera tales hospedajes, convertidos muchos en auténticas residencias de estudiantes, y enviaba «visitadores» oficiales para su control, lo cierto es que en su mayor parte estos pupilos gozaban de una absoluta libertad y falta de disciplina y se ocupaban más de disfrutar de los derechos y privilegios que les otorgaba su condición de estudiantes que de cumplir con los requisitos académicos.

Pues bien, Andrés Laguna fue a Salamanca para estudiar el Bachillerato de Artes y allí, como tantos otros jóvenes que llegaban de fuera, se alojó en calidad

4. Cf. LÓPEZ PIÑERO, J.M., *Ciencia y técnica en la sociedad española de los siglos XVI y XVII*. Barcelona, 1979, p. 62; KAGAN, R.L., *Universidad y Sociedad en la España Moderna*. Madrid, 1981, pp. 202-239.

5. RIESCO TERRERO, A., *Proyección histórico-social de la Universidad de Salamanca a través de sus colegios (siglos XV y XVI)*. Salamanca: 1970, p. 29, lo describe con elocuentes palabras: «Colegios Mayores y Menores, humildes posadas y casas particulares albergaron a pícaros y alegres sopistas, a futuros santos y hombres de gobierno, a obispos, virreyes, conquistadores, teólogos y juristas». Véase también CORTÉS VÁZQUEZ, L., *La vida estudiantil en la Salamanca clásica*. Salamanca, 1996, pp. 77-96.

6. Cf. CARABIAS TORRES, A.M., *Colegios Mayores, centros de poder*. Salamanca: 1986.

7. Véase BELTRÁN DE HEREDIA, V., *Bulario de la Universidad de Salamanca (1219-1549)*. Salamanca, 1966-1967, y *Cartulario de la Universidad de Salamanca (1218-1600)*. Salamanca, 1970-1973.

de pupilo. Laguna procedía de una familia más o menos acomodada, pues su padre era médico en Segovia, lo que es posible que le impidiese su entrada en los Colegios; no obstante, lo que parece más probable es que fuese su falta de «limpieza de sangre» la causa principal que le vedara dicho alojamiento, máxime si tenemos en cuenta que cuando se marchó a París en 1530 ingresó sin problemas en el prestigioso Colegio de Francia y que contaba allí con su propio criado. Sea como fuere, lo cierto es que Laguna vivió en Salamanca como pupilo, gozando de la misma libertad y sufriendo idénticas penurias que los demás jóvenes que se encontraban en tal situación. Y es esa vida y son esas condiciones las que recuerda en los comentarios de su traducción castellana del *Dioscórides*, obra que publicó en Amberes en 1555, es decir, cuando tenía ya unos 44 años, lo que da muestras sin duda de la gran impresión que aquellos momentos dejaron en su recuerdo.

De esta forma, al hablar en su obra botánica de las propiedades de los higos (I 145), refiere Laguna graciosamente una apuesta que perdió con otro pupilo por comerse «seys libras de higos», con lo que muestra la extraordinaria capacidad digestiva de los estómagos de estos jóvenes, hechos a devorar lo que les cayere dentro:

De mas desto, [sc. los higos] ponen grande bastio, hinchan el vientre, y finalmente opilan el bigado y baço. Dado que no se opilò aquel pupilo, que sobre apuesta me comio seys libras de higos, los mas suzios y enbarinados, que se pudieron ballar en el desafiadero de Salamanca: el qual, segun tenia los alientos, lleuaua vn ayre de se comer otras tantas, si se las pusieran delante. Mas no nos deuemos marauillar, porque estudiantes, principalmente pupilos, digeriran el bierro como los abestruzes: pues sin dubda tienen lobos en los estomagos⁸.

La mala alimentación de los estudiantes en general, pero sobre todo de los pupilos, les forzaba a ingerir alimentos de cualquier naturaleza, muchas veces en mal estado, y les llevaba a recurrir para calmar sus indigestiones y aliviar sus intoxicaciones a las lavativas y los clisteres. De ello ofrece también testimonio Andrés Laguna, que cuenta cómo en Salamanca una mujer que se dedicaba entre otras cosas a la administración de medicinas y purgantes caseros, tenía por clientes habituales a los dichos pupilos:

Llamase cada vna de aquestas plantas por Castilla en plural Mercuriales: y no ay hombre rico ni pobre que perfectamente no las conozca: porque son muy ordinarias y familiares en el uso de los clysteres: sino preguntenlo à Clara, famosa Clystelera de Salamanca: la qual solia siempre en mi tiempo, tener tres ò quatro tinajas llenas de caldo de acelgas y mercuriales, aguzado con sal y orines: del qual à tarja cada vna, echaua cada dia diestramente cient mil ayudas, con que enxa-

8. Citamos por la *editio princeps*: LAGUNA, A., *Acerca de la materia medicinal y de los venenos mortíferos...* Amberes, 1555 (siempre mencionado como *Dioscórides*).

guaua los infelices vientres de aquellos pupilos infortunados, que jamas se vieron llenos, sino de viandas pestilenciales (Dioscórides, IV, 190).

Esta famosa «Clystelera», que hacía negocios con sus pócimas y sus lavativas, nos adentra en la medicina «extraoficial» de la época. En efecto, los médicos doctos eran una minoría en el tratamiento terapéutico de las gentes más humildes, que por regla general solían recurrir, en el mejor de los casos, a boticarios y cirujanos aprobados o a empíricos con licencia oficial, pero que en otras muchas ocasiones sólo tenían posibilidad de verse asistidos por brujas, curanderas, ensalmadores, saludadores y hechiceros que practicaban una medicina creencial y mágica y que poblaban los pueblos y ciudades de la España del momento⁹. Entre estos hombres, como decimos, se encontraban los llamados «saludadores», también conocidos como «santiguadores», que practicaban su medicina supersticiosa sobre todo por las zonas rurales y que aparentaban estar dotados de poderes sobrehumanos con los que pretendían curar las más diferentes enfermedades, y en especial la rabia. Pues bien, de su época de pupilo en Salamanca, cuenta Laguna una graciosa anécdota que le aconteció con un saludador en las fiestas de San Juan, cuando se corrían toros casi ya de anochecida y de pronto se vieron él y el curandero acorralados por una de las fieras:

Acuerdome que en Salamanca, siendo yo alli pupilo, vn dia de S. Iuan, quasi à boca de noche, quando todos ya desamparauan la fiesta, pensando fuesse acabada, soltaron de improuiso vn toro muy brauo, hallandome yo à caso en medio de toda la plaça, junto à vn saludador patituerto: el qual viendo su peligro y mi miedo, y sacando de flaqueza coraje, me dixo que no temiesse, porque à el le bastaua el animo d'encantar la fiera, y sacarme à paz y à saluo. Pordonde yo assegurado de sus palabras, me puse toda vía quatro passos tras el, tomandole por escudo, hasta ver en que paraua el misterio: por quanto ya no hauia orden de huir. Mas el torillo mal encarado, que no se daua nada por palabras ni encantos, porque sin dubda deuia ser Lutherano, enuistio luego con su merced, y le diò dos ò tres bueltas bien dadas: y ansi el desuenturado que pensaua socorrer à los otros, quedo estirado y medio muerto en el corro, aun que à mi me cumplio promessa: porque mientras el andaua enbuelto en los cuernos del toro, me acogi mas que de passo, y me puse en cobro: gratias à mis desembueltos pies, que dexauan de correr y bolauan. Ansi que de alli adelante ninguna fe di a semejantes chocarreros y bur-ladores: dado que en esto y en lo demas, me remito al sano parecer de la Sancta Iglesia, que los consiente (Dioscórides, VI 54)¹⁰.

9. Para esta cuestión, cf. Nota 4: 1979, pp. 112 ss.; GRANJEL, L.S., *Aspectos médicos de la literatura antisupersticiosa española de los siglos XVI y XVII*. Salamanca, 1953 (incluido en su libro *Humanismo y Medicina*. Salamanca, 1968, pp. 113-173) y *El ejercicio médico y otros capítulos de la medicina española*. Salamanca: 1974. Las quejas y burlas de Laguna hacia este tipo de sanadores ya las recogimos en nuestra citada obra de Nota 1: 1998, pp. 50-53.

10. En efecto, aquí Laguna, que además era cristiano nuevo, se cura en salud a la hora de criticar a estos encantadores y adopta la pretendida cautela que exigía la susceptibilidad religiosa de la época,

Pero no sólo recuerda Laguna sus andanzas y aventuras de su época de pupilo en Salamanca. De la ciudad charra vuelve a hacer mención en uno de sus comentarios al *Dioscórides* para alabar la extraordinaria calidad de las aguas del Tormes, semejantes, afirma, a las del romano Tíber:

Las aguas de los rios son buenas, ò malas, segun la bondad ò malitia de los lugares pordonde passan. Entre todas ellas no ay ninguna que se iguale con la del Tibre (cuya perfection y virtud fue ignorada de los antiguos) la qual aun que en todos tiempos, quando corre, parece vn poco de barro, toda via en reposandose vn poco, se torna como cristal, y se conserua mil años sin corromperse: con la qual compite la de Tormes de Salamanca (Dioscórides, V 12).

Por último, debemos hacer mención de una supuesta última estancia de Laguna en Salamanca cuando regresó a España a finales de 1557 o comienzos de 1558. Se trata de un testimonio indirecto que ofrece el médico Juan Méndez Nieto, por entonces estudiante en la ciudad del Tormes. Según él, Laguna, de viaje hacia Segovia, se detuvo en Salamanca para descansar y, dada su fama, la Universidad le encargó que impartiese allí algunas clases, para lo cual, afirma Méndez Nieto, se alojó en su propia casa y se preparó en ella sus lecciones por ser el único lugar de la ciudad en donde podía manejar libros de Galeno:

En el postrero año del curso de Medecina, que es el quarto antes de me graduar de bachiller, vino a Salamanca el doctor Laguna, médico que fue del papa Julio tercio, y insigne por sus letras en nuestros tiempos, que venía de Roma y pasava a Segovia, su patria; y, reparando en aquella Universidad algunos días, para se reçrear y descansar del largo camino, le enbió el claustro a rogar [...] que leiese algunas leçiones de Medecina [...]; e, informándose quién tenía galeonos (sic) de Antonio Musa y otros libros neçessarios para estudiar sus leçiones, le dixeron que no avía otros en la çibdad sino solamente unos que yo tenía [...]. Y luego mandó a un çriado le traxese allí la cama y el bato, y le adereçasen de çenar [...]¹¹.

Aunque es posible que Laguna pasara por Salamanca camino de Segovia, hay que leer con gran cautela los discursos de este médico, puesto que en ellos siempre suele otorgarse el protagonismo de todo lo que cuenta y falsear las historias sin el menor escrúpulo con ese fin. Sea como fuere, lo cierto es que no hay ningún

puesto que la propia Iglesia reconocía como verídicas las posesiones del demonio y tenía incluso clérigos que se dedicaban a ello. Por eso, para no levantar sospechas, remite, aunque siempre después de haber expresado su burla y su ironía, al parecer de la propia Iglesia para asuntos tan delicados. Un ejemplo semejante, esta vez sobre las brujas, puede verse en *Dioscórides*, IV 75. Cf. FRIEDENWALD, H., «Andrés a Laguna, a pioneer in his views on witchcraft», en *The Jews and Medicine*. 3 vols. John Hopkins University: 1967 (= Baltimore, 1944), vol. II, pp. 419-429.

11. Cf. MÉNDEZ NIETO, Juan. *Discursos medicinales* (L.S. Granjel et alii, eds.). Salamanca, 1989, libro 1, discurso 7, p. 37.

otro testimonio o documento que confirme esta noticia, por lo que, en principio, y dado el carácter de quien la cuenta, debe ponerse bajo sospecha de falsedad.

3. LA UNIVERSIDAD

La Universidad de Salamanca era uno de los centros de estudio y formación más importante de la Corona de Castilla, al lado de la de Valladolid y la más reciente de Alcalá, Universidad esta última para cuyas constituciones el Cardenal Cisneros tomó como patrón precisamente el viejo centro salmantino. Con el auge progresivo del Renacimiento y la nueva ideología cultural que se derivó del humanismo, la Universidad de Salamanca ya desde finales del siglo XV fue abandonando poco a poco la organización docente medieval y adquiriendo un nuevo lustre de tintes humanísticos y clasicistas en consonancia con los más importantes centros de estudio europeos¹².

Pero fue quizá Elio Antonio de Nebrija quien dio el impulso definitivo para la «humanización» de la Universidad de Salamanca, cuando regresó de Italia con el firme propósito de «debelar la barbarie» medieval que poblabla y regía sus aulas¹³. Además, y continuando la labor pionera del ilustre nebrisenense, en ella enseñaron hombres de la categoría de Francisco de Vitoria, Melchor Cano, Arias Barbosa, Hernán Núñez de Guzmán «el Pinciano», llamado también el «Comendador Griego», Francisco Sánchez de las Brozas, conocido como «el Brocense»¹⁴, etc.

Pese a la gran labor que tales personajes llevaron a cabo en el cultivo de las lenguas clásicas y en la expansión máxima de las obras de los antiguos, hay testimonios incluso de algunos de ellos que demuestran la escasa preparación de los estudiantes de Salamanca en el manejo del latín, lengua por entonces obligatoria para la exposición de las clases, y su casi nulo conocimiento del griego¹⁵. De

12. Esta situación se vio favorecida sobre todo por la enseñanza que en las aulas salmantinas impartieron algunos profesores italianos como Nicolao Antonio o Vitorino da Feltre, así como por españoles que se habían formado en Italia. Cf. DI CAMILLO, O., *El humanismo castellano del siglo XV*. Valencia, 1976, pp. 269-296. Sobre la Universidad de Salamanca en general, véanse las obras colectivas coordinadas por FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M., *Historia de la Universidad de Salamanca*. 2 vols. Salamanca, 1989, y *La Universidad de Salamanca. 8 siglos de magisterio*. Salamanca: 1991.

13. Cf. GÓMEZ MORENO, A., *España y la Italia de los humanistas. Primeros ecos*. Madrid, 1994, pp. 81 ss.

14. Véase AMAT MUÑOZ, P., «La Universidad de Salamanca y el humanismo», en *Folia Humanistica*. XXI.251, 1983, pp. 775-789. Todos esos hombres, según este autor, lograron que Salamanca fuese «centro humanista madrugador y de primera magnitud, el principal baluarte académico del renacimiento español» (p. 783).

15. Así, por ejemplo, el propio Arias Barbosa, en carta dirigida a Lucio Marineo Sículo, afirma que «apenas pueden hallarse en Salamanca dos o tres estudiantes que hablen latín». Cf. GIL FERNÁNDEZ, L., «El humanismo español del siglo XVI», en *Actas del III Congreso Español de Estudios Clásicos*. Vol. I. *Discursos y Ponencias*. Madrid, 1968, pp. 209-297. Para este asunto, y en general para la cuestión del humanismo en nuestro país, véase el libro de este mismo autor *Panorama social del humanismo español (1500-1800)*. Madrid, 1997.

hecho, hay abundante documentación que muestra claramente las medidas tomadas por la Universidad y por los Regentes de los Colegios para que los estudiantes dejaran de hablar y comunicarse en romance y empleasen tan sólo la lengua latina¹⁶, lo que es ya por sí mismo un claro indicio de que la obligatoriedad universitaria de hablar latín se veía frecuentemente burlada.

Aunque existía por lo general una grave falta de correspondencia entre la preparación de los alumnos y las exigencias docentes de la Universidad, lo cierto es que en los Estatutos se recoge como obligatoria la necesidad de aprobar unos estudios básicos de Gramática y Latinidad, realizados en las Escuelas Menores, para poder acceder al centro universitario¹⁷. Superada esta primera selección, el alumno ingresaba ya en la Facultad de Cánones, Leyes o Artes, puesto que para poder cursar Medicina o Teología, Facultades superiores del centro salmantino, era necesario que antes hubiesen logrado el Bachillerato en la Facultad de Artes¹⁸. Para la obtención de este grado (para el que Laguna se preparó en Salamanca, pero que, como sabemos, no llegó a obtener en su Universidad) era necesario cursar en un primer año Lógica vieja y nueva, en un segundo Lógica y Filosofía Natural y en un tercero Filosofía Natural y Moral, además de haber leído algunas lecciones públicas de estas materias.

La Facultad de Medicina, que es la que ahora aquí nos interesa, exigía a los alumnos que fuesen ya Bachilleres en Artes y éstos sólo llegaban a obtener el nuevo Bachillerato en Medicina tras haber cursado cuatro cursos completos y haber leído públicamente diez lecciones. Pese al humanismo que en cierta forma alentaba en las aulas salmantinas desde finales del siglo XV, la Facultad de Medicina durante buena parte del XVI mantuvo la enseñanza del viejo galenismo arabizado y escolástico de la época medieval¹⁹. De hecho, en 1530 se crearon algunas cátedras cursatorias con nombres tan significativamente medievales como la de 'Avicena' o la de 'Articela'. No obstante, a lo largo del siglo fueron creándose también otras cátedras que guardaban mayor consonancia con los principios del humanismo médico, como fueron las de Anatomía (1551), Cirugía (1566) y Simples (1573). Y, en este mismo sentido, hubo destacados médicos que se formaron en la Universidad salmantina o que ejercieron en ella y que llegaron a estar imbuidos del

16. Véase GONZÁLEZ DE LA CALLE, P.U., «Latín universitario. Contribución al estudio del latín en la antigua Universidad de Salamanca», en *Homenaje ofrecido a Menéndez Pidal. Miscelánea de estudios lingüísticos, literarios e históricos*. Madrid: 1925, vol. I, pp. 795-818; y «Latín y romance. Contribución al estudio de la vida docente española en el siglo XVI», en *Varia. Notas y apuntes sobre temas de letras clásicas*. Madrid, 1916, pp. 211-299.

17. Cf. FUERTES HERREROS, J.L., *Estatutos de la Universidad de Salamanca, Mandato de Pérez de Oliva, rector*. Salamanca, 1984.

18. SANTANDER, M.T., *Escolares médicos en Salamanca (siglo XVI)*. Salamanca, 1984, p. 19.

19. Cf. AMASUNO, M.V., *La Escuela de Medicina de Salamanca (siglos XIII-XV)*. Salamanca, 1990; GRANJEL, L.S., *Los estudios de medicina en la Universidad de Salamanca*. Salamanca, 1989.

nuevo humanismo médico, como fueron, entre otros, Andrés Alcázar o Juan Bravo de Piedrahíta²⁰.

Pese a todo, el siguiente testimonio de Andrés Laguna vuelve a insistir en lo que parece una consideración general de los humanistas del momento. Salvo contadas excepciones, para nuestro autor el floreciente centro salmantino en los años centrales de la década de los 30 estaba integrado por sofistas y escolásticos, ajenos y aun enemigos del pujante humanismo, que él mismo representa. La cita la incluye Laguna en una carta final de su *Anatomica methodus* (obra de 1535) que envía a Rodrigo Reinoso, introductor del humanismo médico en Alcalá²¹, en la que cuenta cómo su propio libro se le había presentado en sueños y, asustado por su escasa entidad y la juventud del propio autor (no olvidemos que por entonces Laguna era un joven desconocido que acababa de obtener el grado de Bachiller de Medicina en París), le echa en cara que se haya atrevido a publicarlo, puesto que sería presa fácil de los grandes humanistas de la época, como Andernach, Tagault o Vives. Pues bien, frente a los centros de estudio (París y Flandes) en que desempeñaban su magisterio aquellos hombres, Laguna menciona también la Universidad de Salamanca como posible refugio para su libro, pero éste se lamenta agriamente por ser dicho centro español un mero asilo de escolásticos que nada entenderían de su nueva ciencia:

*Allí [sc. Flandes], pues, no veo yo que haya asilo alguno para mí, y por eso debo navegar a otro lugar. ¿Acaso entonces a Salamanca, al muy floreciente emporio hispano? Pero allí, si exceptuás a unos pocos que son especialmente ilustres en las disciplinas superiores y también en medicina, los demás son todos unos injuriadores, unos charlatanes y unos sofistas, cuyas falacias e imposturas, ¿cómo podría desbarcerlas yo, tan poco ejercitado como estoy en el arte refutatoria?*²².

20. No obstante, y aunque se enseñaban autores y materias apenas conocidos por los medievales, el latín de estos médicos salmantinos, y sobre todo el léxico, no siempre se adecua a los postulados más frecuentes de los grandes humanistas médicos del siglo. Cf. PÉREZ IBÁÑEZ, M.J. *El humanismo médico del siglo XVI en la Universidad de Salamanca*. Valladolid, 1997.

21. La Facultad de Medicina de Alcalá, con tan eximios representantes como Francisco Vallés o Fernando Mena, fue uno de los centros hispanos más importantes del humanismo médico renacentista, mucho más pujante que los de Salamanca o Valladolid. Véase, a este respecto, MARTÍN FERREIRA, A.I., *El humanismo médico en la Universidad de Alcalá (siglo XVI)*. Alcalá de Henares, 1995, y BLANCO PÉREZ, J.I., *Humanistas médicos en el Renacimiento vallisoletano*. Burgos: 1999. La Universidad de Valencia, por su parte, en la línea de la de Alcalá, constituyó también un importante centro de introducción, difusión y desarrollo del humanismo médico (cf. SANTAMARÍA HERNÁNDEZ, M.T., *El humanismo médico en la Universidad de Valencia (siglo XVI)*. Tesis Doctoral. Valladolid, 1998).

22. LAGUNA, A., *Anatomica methodus*. París: 1535, f. 62^v: *Illic igitur nullum video nobis adesse praesidium: ac proinde alio nobis est nauigandum. An ad florentissimum illud Hispanorum Salamantinum emporium? At si illinc perpaucos quosdam excipias qui in politioribus atque etiam medicis musis sunt percelebres, reliqui omnes sunt φιλολοιπῶδοροι, blattarii, atque sobbiae. Quorum cauillos et imposturas qui possem ipse dissoluere, in elenchis redargutoriis parum exercitatus?* Cf. GONZÁLEZ MANJARRÉS, M.A., «Una curiosa epístola de Andrés Laguna a Rodrigo Reinoso: estudio, edición y traducción», en *Estudios Segovianos*. 99 XLII, [en prensa].

Andrés Laguna, por lo tanto, juzga negativamente la Universidad de Salamanca, que sale muy mal parada en comparación, sobre todo, con la parisina y en lo que se refiere especialmente al estudio de la medicina. Para Laguna, que había vivido sus primeros años de estudiante de Artes en el viejo centro salmantino, el contraste con la Universidad de París debió ser considerable, puesto que allí efectuó sus estudios de medicina cuando el humanismo médico, que había «rescatado» en nuevas versiones latinas a Hipócrates y Galeno y que, sobre todo en anatomía, promovía como nuevo método de conocimiento la propia experiencia disectiva, se encontraba en su fase más pujante.

No obstante, esta atrevida opinión del joven Laguna se ve atenuada en un nuevo testimonio del año 1543, inserto en un comentario a su versión latina del pseudoaristotélico *De virtutibus*. En él ofrece Laguna brevemente algunos datos de su biografía, entre los que no podía faltar su etapa de estudiante en Salamanca. En esta ocasión, como no se trataba de juzgar el centro universitario, se refiere a la ciudad en general con el ya manido tópico de *literarum emporium* y aprovecha la ocasión para decir quién había sido allí su maestro de Dialéctica:

*Después marché a Salamanca, insigne emporio español de las letras, en donde estudié Dialéctica bajo la disciplina del muy ilustre y sabio varón portugués D. Enrique, meritorio Doctor en Medicina*²³.

Andrés Laguna, por tanto, adopta una doble postura ante la Universidad de Salamanca: por un lado, reconoce la valía de algunos de sus profesores y maestros (entre los que incluye, interesadamente por afectarle a él de forma personal, a ese «oscuro» Enrique) y no duda en calificarla como «insigne emporio español de las letras»; pero por otro, y sobre todo tras compararla con la calidad de algunos centros europeos como el de París, reconoce la naturaleza excesivamente medieval y escolástica de sus aulas, especialmente en lo que atañe a la enseñanza de la medicina.

4. LOS CONDÍSCÍPULOS

Los cuatro o cinco años que Laguna pasó en Salamanca, aproximadamente entre 1525 y 1530, fueron momentos en los que coincidió con otros jóvenes estudiantes que con el paso del tiempo acabarían convirtiéndose en médicos de gran

23. LAGUNA, A., *De virtutibus*. Colonia, 1543, p. 68: *Dein autem Salmanticam petens, in Hispania insigne literarum emporium, sub disciplina Ornatissimi et Doctissimi Viri, D. Henrici, Lusitani, Doctoris Medici meritis[im] illic artem Dialecticam didici*. Aunque siempre se ha identificado a este Enrique con el portugués Enrique Jorge Enríquez, autor del *Retrato del perfecto médico*, en donde cita varias veces a Laguna, es evidente la imposibilidad de tal identificación, puesto que Enríquez nació 15 ó 20 años después que el médico segoviano. HERNANDO, T., nota 1: 1968, p. 25, afirma que a ese Enrique maestro de Dialéctica habría que identificarlo con Enrique Hernández, Bachiller aún cuando Laguna estudió en Salamanca, y que entre 1530 y 1535 regentó una cátedra cursatoria de Artes y una «catedrilla de físicos».

prestigio y profesores de renombre contrastado. De algunos de ellos sabemos que Laguna fue condiscipulo por testimonios indirectos, aunque de otros es el propio médico segoviano quien en sus obras hace mención con palabras elogiosas que denotarían una duradera amistad.

De esta forma, por ejemplo, parece ser que Laguna, en opinión de M. Lemos²⁴, tuvo por condiscipulos en Salamanca a hombres como el portugués García de Orta, que llegó a ser médico del Virrey de las Indias Orientales²⁵; el también luso Tomás Rodrigues da Veiga, que se graduó de Bachiller de Medicina en Salamanca y fue uno de los máximos representantes del galenismo portugués²⁶; o el segoviano Fernando de Sepúlveda, botánico y médico de Adriano VI y Carlos V, que escribió un *Manipulus medicinarum* aparecido en Salamanca en 1523, aunque «es posible que éste hubiera abandonado ya la Universidad cuando llegó Laguna»²⁷.

Asimismo, y ya contando con la mención expresa del propio Laguna, sabemos que por los años en que éste estudió en Salamanca lo hicieron también hombres como Luis Núñez de Santarem, portugués que llegó a graduarse como Bachiller médico en la Universidad charra y que, según dice el propio segoviano en una nota final de su *Dioscórides* «Al benigno lector», llegó a ser médico de la hermana de Carlos V, a la sazón reina de Francia, y le ayudó en la identificación portuguesa de algunas plantas:

Ayudaronme oportunamente para el tal negocio con muchos nombres Portugueses, de los quales yo no tenia entera notitia, el Doctor Luis Nuñez, Excelente Medico de la Serenissima Reyna de Francia: y Varon raro de nuestros tiempos: y Simon de Sousa, Espejo de boticarios, y diligentissimo escudriñador de los simples Medicinales.

También podríamos suponer que Laguna conoció en Salamanca al que más tarde habría de ser médico del entonces príncipe Felipe II, el doctor Juan del Águila, que en 1526 «probó cuatro cursos en medicina» y a quien Laguna se refiere al final de la epístola nuncupatoria de su *Dioscórides* junto al también médico de formación salmantina Cristóbal Moreno, si bien este último estudió años después de nuestro autor (se licenció como médico en Salamanca en 1548)²⁸:

Con los auisos y consejos del qual [i.e. el Dioscórides], y con la vigilantia y sollicitud de sus Excellentes Medicos, y en especial del Doctor del AGVILA, verdaderamente Aguila, que sobre todo juyzio y entendimiento humanos buela por las nuues

24. LEMOS, M., *André Laguna*. Oporto, 1913, pp. 12 ss.

25. Como dice HERNANDO, T., nota 1: 1990, pp. 90-91, García de Orta cita algunas veces a Laguna, aunque de manera equivocada, puesto que le llama «Tordelaguna».

26. Cf. Nota 20, p. 64.

27. Cf. HERNANDO, T., nota 1: 1990, p. 91.

28. Para las fechas de estudios de todos estos autores, véase, en la letra correspondiente a la inicial de su apellido, SANTANDER, M.T., nota 18.

tan alto, que los profesores de Medicina la perdemos totalmente de vista: y del Doctor Moreno, vaso de toda bondad, doctrina, y consummada experientia: biuirá V[uestra] M[ajestad] sano y muy largos tiempos.

Con todo, el autor más citado por Laguna de sus condiscípulos salmantinos fue el médico Juan Aguilera, con quien llegó a tener una fructífera y duradera amistad. Aguilera se doctoró en medicina en 1535 y regentó la cátedra de Astrología de la Universidad de Salamanca en 1538²⁹. De 1540 a 1550 marchó a Roma acompañando a Juan Álvarez de Toledo, obispo de Burgos, en donde llegó a ser médico personal del papa Pablo III. Más tarde, de 1550 a 1560, volvió a hacerse cargo de la cátedra de Astrología en Salamanca³⁰.

Cuando Laguna llegó a Roma en 1545 es muy posible que encontrase un gran valedor en la figura de su antiguo amigo y condiscípulo salmantino Juan Aguilera, como se deduce de las diferentes menciones que de él hace el segoviano en sus obras de aquellos años. Así, en la epístola nuncupatoria de la *sectio I* de las *Epitomes* de las obras completas de Galeno, que Laguna publicó en Venecia en 1548, reconoce el segoviano ante el Cardenal Mendoza, mecenas de Laguna a quien va dirigida la carta, que fue el propio Aguilera quien le alentó y animó a componer una obra de tales características:

Este propósito mío, por Hércules, lo impulsó de un modo admirable y, por así decir, lo avivó el clarísimo e ilustrísimo varón, amantísimo de Tu Grandeza, Juan Aguilera, médico pontificio. Éste, llevado por ese increíble amor a la sabiduría que le alienta, nunca cejó de animarme, exhortarme, instigarme y (lo confieso sinceramente) forzarme hasta que me puse manos a la obra con este trabajo. Carga ésta difícil y excesiva para mis espaldas, que apenas habría podido yo sostener si aquél no hubiese insistido con tanta vehemencia³¹.

29. La Astrología debía cursarse obligatoriamente por todo aquel que quisiera ingresar en la Facultad de Medicina. En esta cátedra se explicaba la esfera armilar, la teoría de los planetas, el uso de tablas astronómicas, el astrolabio, el *Almagesto* y las *Epitomes* de Copérnico. Véase nota 6, pp. 288-289; Nota 20, p. 43 y nota 98; FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M., «Copérnico y su influjo en la Universidad de Salamanca», en *Poder y sociedad en la España del Quinientos*. Alianza Universidad. Madrid, 1995, pp. 76-97.

30. Véase LÓPEZ PIÑERO, J.M.; GLICK, TH. F.; NAVARRO BROTONS, V; PORTELA MARCO, E., *Diccionario histórico de la ciencia moderna en España*. Barcelona, 1983, vol. I, pp. 28-30. Para las relaciones de Aguilera con la astrología, cf. THORNDYKE, L., *A History of Magic and Experimental Science*. Nueva York, 1941, vol. V, p. 266.

31. LAGUNA, A., *Epitomes omnium Galeni Pergameni operum*. Venecia: 1548, *sectio I*, f. aIIIF: *Quod bercle institutum meum, mirum in modum promouit, ac ueluti concalfecit Clarissimus et Ornatis-simus Vir, Amplitudinisque tuae amantissimus, Ioannes Aquilerius, Medicus Pontificius. Qui quidem quo feruet sapientiae incredibili amore, nunquam destitit me hortari, monere, instigare, et (ut ingenue fatear) cogere, donec ad laborem me accinxit. Quam prouinciam difficilem, ac meis humeris imparem, equidem uix suscepissem, nisi ille institisset tanta uehementia*. Una mención semejante puede verse en la *sectio II* de esta misma obra, en la epístola nuncupatoria dedicada esta vez al papa Pablo III, ff. aIIIF-aIIIF'.

Si Laguna reconoce que fue Aguilera el impulsor principal de esta obra suya, en el tomo V de la misma vuelve a mostrar su agradecimiento al catedrático de Astrología de Salamanca dedicándole expresamente la *Vita Galeni*, una breve biografía del médico de Pérgamo con la que el segoviano concluye este magno trabajo de resumen. En la epístola nuncupatoria que introduce la obra, Laguna se extiende en alabanzas a Aguilera y cuenta brevemente sus vicisitudes profesionales, desde que partió de Salamanca hasta que se convirtió en Roma en médico pontificio:

Con razón, pues, por esas insignes virtudes tuyas con las que te destacabas, el padre ilustrísimo y reverendísimo en Cristo don Juan de Toledo, cardenal de Burgos [...], desde la Universidad de Salamanca, en la que antaño con la máxima consideración y gloria enseñabas medicina y astronomía, como varón selecto que eres y dotado de no pequeña virtud, te llevó consigo a Roma. Y en esta ciudad, al tener de sobra averiguado el Pontífice Máximo Pablo III con cuánta destreza, empeño y honradez ejercías la medicina, por propia iniciativa te mandó llamar, te hizo formar parte del séquito de sus médicos principales y, en definitiva, te regaló y enriqueció con los honores más elevados de la vida. Y él, además, obedecía tus prescripciones y confiaba en tus consejos como si se los hubiese dictado el propio Apolo³².

Por último, en una obra sobre las carúnculas uretrales que Laguna publicó en Roma en 1551, cuando Aguilera había regresado ya a Salamanca, encontramos una nueva mención de este médico en un pasaje en que el segoviano declara que ambos habían conocido al mismo tiempo un método quirúrgico para la curación de las dichas carnosidades, aprendido de un empírico portugués llamado Felipe:

Pues como años atrás muchos varones principales, de cuya curación él [sc. el portugués Felipe] se había encargado, me hiciesen llamar a su vera para vigilar que en la dicha curación nada llevara a cabo temerariamente y para establecer yo mismo el régimen dietético general, en verdad no le quedó más remedio que hacerme a mí partícipe, así como al ilustrísimo varón don Juan Aguilera, médico pontificio, que muy a menudo asistía conmigo a aquellas consultas, de esa técnica que a los demás ocultaba como si se tratase de un misterio sagrado³³.

32. LAGUNA, A., *Vita Galeni*. En nota 31, vol. V, f. 2^v: *Merito igitur ob hasce tam insignes uirtutes, quibus conspicuus eras, Reuerendiss[imus] et Illustriss[imus] in Cristo Pater; D. D. Ioannes a Toletto, Cardinalis Burgensis [...] ex Salmanticensi Academia, in qua olim cum maxima laude et gloria profitebaris artem medicam, simul et astronomiam, te allectum, nec uulgari conditione bonestatum, una secum abduxit Romam. Qua in urbe, quanta dexteritate, studio, et pietate, artem Medicam exerceres, abunde exploratum habens Paulus. [Pontifex] [Maximus] ultro accersiui te, ascriptisque inter primarios Medicos suos, summisque tandem uitae ornamentis auxit, atque locupletauit. Qui quidem non secus tua dicta amplexatur; acquiescitque consiliis tuis, ac si illa ab Apolline acceperit.*

33. LAGUNA, A., *Methodus cognoscendi, extirpandique excrescentes in vesicae collo carunculas*. Roma, 1551, f. Aiii^r-Aiii^v: *Nam quum superioribus annis permulti Principes uiri, quos ille curandos susceperat, una cum eo me accerserent, ut ne quid temere gereretur in ipsa curatione cauerem, institue-*

La amistad y veneración que Laguna muestra por Juan Aguilera no se corresponde con la postura que adopta ante otro de sus grandes condiscípulos de Salamanca, el médico portugués João Rodrigues de Castello Branco, conocido como Amato Lusitano. Este médico, que por su origen judío debió abandonar Portugal y España y anduvo ejerciendo en Amberes y en varias ciudades de Italia, al final tuvo que marcharse también de suelo italiano debido a sus problemas religiosos acrecentados tras sus disputas con el botánico Pietro Andrea Mattioli, y murió en Salónica en 1568 tras retomar abiertamente el judaísmo³⁴. Pues bien, a pesar de que Amato cita en varias de sus obras a Laguna, en donde se refiere a él con términos elogiosos y le otorga el título de 'Galeno español', nuestro médico en cambio se muestra muy reservado para con el portugués, lo que quizá podría deberse a dos razones fundamentales: que Laguna estuviese molesto con él por algunas leves críticas que Amato le había realizado en sus obras³⁵; y que el segoviano prefiriese omitir cualquier relación con un hombre de origen judío que había tenido por ello tantos problemas en Portugal, España e Italia, máxime cuando el propio Laguna no se encontraba del todo seguro dada su situación de hijo de converso.

Sea como fuere, en las *Centurias* de Amato hallamos algunos pasajes en los que reconoce expresamente que estudió con Laguna en Salamanca y que allí fue también condiscípulo del ya conocido Juan Aguilera:

Como escrupulosamente lo anota Andrés Laguna, sapientísimo condiscípulo mío, en su «Vida de Galeno» dedicada al ilustrísimo y sapientísimo varón Juan Aguilera, médico pontificio, y en otro tiempo compañero y coetáneo mío en la Universidad de Salamanca»³⁶.

Pero también en las *Centurias* de Amato encontramos citas de Laguna en las que, aunque se dirige a él con términos elogiosos, al mismo tiempo le reprocha sin empacho algunos errores. Así, por ejemplo, encontramos un pasaje en el que censura al segoviano que haya confundido un término patológico con otro:

Por lo que el segoviano Andrés Laguna, contemporáneo nuestro, varón muy sabio e ingenioso en opinión de todos, en sus Epitomes de Galeno habría obrado más prudentemente si esas palabras las hubiese dedicado a describir como conve-

remque uniuersam uictus rationem: certe necessum fuit, eam artem, quam ueluti mysterium quoddam celabat caeteros, mihi etiam communem fieri, necnon Ornatissimo Viro. D. Ioanni Aquilero, Medico Pontificio, qui nobis persaepe astitit.

34. Véase FRIEDENWALD, H., «Amatus Lusitanus». En nota 10; nota 20, pp. 66-68.

35. Esto es lo que opina LEMOS, M. nota 24, pp. 84 ss.

36. AMATO LUSITANO, *Curatationum medicinalium centuriae quatuor*. Basilea, 1556, centuria 1, curatio 3, p. 25: *Ut curiose adnotat doctissimus condiscipulus noster Andreas Lacuna, in Galeni descripta uita, ad clarissimum iuxta ac sapientissimum uirum Ioannem Aquilerium medicum pontificium, alias apud Salmanticensem Academiam, tempore aequalem nostrum.*

*nía la catalepsis, es decir, 'la enfermedad de la congelación', y no el catocbus, o lo que es lo mismo, 'el coma despierto'*³⁷.

En otra ocasión, Amato vuelve a referirse a Laguna cuando trata en una de sus *curationes* el asunto de la extirpación de las carúnculas uretrales. Y es que el médico luso se siente dolido cuando lee en la conocida obra de Laguna sobre este asunto que el método quirúrgico empleado para ello se lo atribuye a la invención del empírico Felipe, cuando en realidad, según afirma Amato, el tal Felipe lo aprendió de él mismo en Lisboa, quien a su vez lo había conocido en Salamanca de su maestro Lorenzo Alderete:

*No es mi intención acusar a Felipe de ingratitud ni que él se vea motejado de tal: lo que me duele es que ante algunos hombres ilustres en medicina, así como ante Laguna, el Galeno español, se atribuya a sí mismo todo este invento curativo, pues, por Hércules, lo hace imprudentemente y, hablando con sinceridad, de modo muy ingrato, ya que hubo varones muy sabios, por Hércules, y de gran autoridad entre los suyos que asistieron a mi curación [...]. Y para que no parezca que caigo en la misma falta de Felipe, confieso que cuando vivía en Salamanca, aprendí este tipo de curación del muy famoso médico Alderete, mi sapientísimo maestro*³⁸.

Sea como fuere, el caso es que también en esta misma *curatio* Amato Lusitano incluye algunas graves críticas a Laguna por exponer en su obra un remedio peligroso que había tomado del empírico Felipe para cicatrizar las úlceras; remedio que un médico poco ejercitado administró a un enfermo del propio Amato, estando éste ausente, y que le produjo la muerte de modo irremediable:

*Un cierto médico libresco [...], inyectó en mi ausencia este medicamento de Laguna para cicatrizar las úlceras, con el cual provocó en el paciente una completa supresión de orina, cuando antes, tras la extirpación de las carúnculas, orinaba convenientemente; por lo cual, al cabo de tres días se murió*³⁹.

37. Nota 36, centuria 2, *curatio* 15, p. 143: *Unde Andreas Lacuna Secobiensis contemporaneus noster, Vir omnium uotis doctissimus, ac ingeniosissimus, in Galeno a se in Epitomen uerso prudentius fecisset, si haec catalepsi, morbo congelationi conuenientia dicasset, quam catocbo, hoc est Vigili comati.*

38. Nota 36, centuria 4, *curatio* 19, p. 341: *Non est mihi animus Philippum ingrati animi accusare, neque enim ille hoc inficiatur: hoc tamen unum dolet, quod tum apud uiros in re medica illustres, tum apud Lacunam, alterum Hispaniae Galenum, totum hoc curandi inuentum, sibi adscripserit: impudenter me bercule, et ut ingenue loquar, ingrante: affuere enim curationi nostrae uiri me bercule doctissimi, et magnae apud suos authoritatis [...]. Et ne ego in idem cum Philippo uitium incidisse uidear, fateor Salmanticae cum agerem, ab Aldereto medico clarissimo, et praeceptore meo doctissimo, id curandi genus accepisse.*

39. Nota 38: *Caeterum quidam ex libro medicus [...], medicamentum a Lacuna pro ulceribus cicatrizandis paratum (me absente) iniecit, ex quo, cum antea expedite et recte post extirpationem caruncularum meieret, in omnimodam urinae suppressionem hominem traxit: ex qua intra tres dies mortuus est.*

Las críticas de esta naturaleza, aunque fueran acompañadas de sus correspondientes elogios, parece evidente que no debieron agrandar a Laguna lo más mínimo, de ahí que éste prefiriera obviar en sus obras posteriores el nombre del médico portugués y no hacer alusión a sus viejos tiempos de escolares en Salamanca; sin olvidar que la condición de judío de Amato es posible que también tuviera mucho que ver en este asunto. De hecho, Andrés Laguna sólo cita a Amato Lusitano en algún comentario de su *Dioscórides*, y siempre que lo hace es para censurar su errónea identificación de algunas plantas medicinales:

No se en que se funda el Doctor Amado, quando quiere que la llamada de los Arabes Alkali, y de los Castellanos Soda, de cuya ceniza se haze el vidrio, sea la Anthylide verdadera (Dioscórides, III 147)⁴⁰.

5. CONCLUSIONES

Si es verdad que la educación y las experiencias vividas en los años adolescentes marcan para siempre y se recuerdan incluso en los años postreros, el caso que aquí hemos presentado de la relación de Andrés Laguna con Salamanca parece demostrarlo fehacientemente.

En efecto, el insigne médico segoviano, uno de los más conspicuos representantes del humanismo médico español, recuerda a menudo en sus obras, y sobre todo en su gran trabajo botánico sobre la *Materia médica* de Dioscórides, su época de estudiante de Artes en la Universidad de Salamanca. Pero, como gran observador que es, no sólo anota los datos «serios» referentes a sus estudios o a sus maestros, sino que lo que más parece interesarle es recoger sus propias experiencias vitales como pupilo en la ciudad del Tormes y aplicarlas, pasadas ya por el tamiz de su condición de médico adulto, al propósito de sus escritos. Son, la mayoría, anécdotas que él cuenta como propias de su biografía, pero que sabe adornar con su característica ironía y con tal dominio del lenguaje castellano, que muy bien podrían pasar por cuentecillos e historias del folclore popular⁴¹.

40. En *Dioscórides*, I, 40, vuelve Laguna a censurar la opinión de Amato: «Columela en el xiii. libro, à la Elate que aqui nos propone Dioscorides, llama corteza de palma. Por la qual entiende el Doctor Amado la primera cascara del coco de la India, empero sin fundamento». Sólo en una ocasión más volvemos a encontrar el nombre del médico luso citado por Laguna, esta vez sin juicio de valor alguno y basándose en su autoridad para ofrecer el término portugués de una planta conocida como «Sio»: «Portugues, segun Amato, Rabaças-n (*Dioscórides*, II 116).

41. BATAILLON, M., ha dedicado algún trabajo a estudiar ese gusto por la 'facecia' en los escritos de Laguna, como pueden ser «Andrés Laguna, contes à la première personne (extraits de livres sérieux du docteur Laguna)». En *Bulletin Hispanique* 58, 1956. París, pp. 207-231, y «Laguna conteur à la première personne». En nota 3, 1958, pp. 129-152, en donde afirma que el segoviano solía recoger en sus obras cuentos populares y adaptarlos irónicamente a su propia biografía, entre los que incluye, precisamente, la anécdota del saludador y el toro que le aconteció en Salamanca y que hemos reproducido en el apartado 2 de este trabajo.

La calidad misma de la Universidad salmantina es valorada por Laguna en alguna de sus obras, y en sus opiniones hemos podido comprobar cómo se recoge lo que era ya lugar común en muchos hombres cultos de la época y sobre todo entre los médicos más humanistas: el centro salmantino, pese a los grandes profesores que trataron de acabar con la 'répoca' del Medievo, seguía siendo en muchas parcelas del saber, y especialmente en el ámbito de la medicina, un lugar en que aún se aprendía sobre las bases del galenismo arabizado cuando las principales universidades europeas, y algunas españolas como Valencia y Alcalá, impartían sus enseñanzas médicas con las nuevas versiones humanísticas de los clásicos.

Por último, resulta curioso comprobar la elevada posición social y profesional que llegaron a alcanzar el propio Laguna y algunos de sus condiscípulos de Salamanca, desde unos momentos en los que todavía estaban formándose en los conocimientos previos a sus estudios superiores. Casi todos estos compañeros de Laguna, que suelen después citarlo en sus obras de forma elogiosa, y a algunos de los cuales el autor segoviano menciona en las suyas con palabras de afecto y admiración, terminaron sus estudios de medicina en la propia Universidad de Salamanca y llegaron a ser profesores y facultativos de importantes personajes. En algunos casos, como ocurrió con Juan Aguilera, la coincidencia en Salamanca desembocó en una gran amistad que perduró durante toda su vida; en otros, según sucedió con Amato Lusitano, la relación acabó siendo cuando menos turbia y oscura: el portugués alaba a Laguna, pero no duda en censurarle sus errores, en tanto que éste sólo menciona a aquél para desestimar sus opiniones sobre algunos simples medicinales.

En definitiva, el paso de Andrés Laguna por Salamanca marca en cierta forma el posterior discurrir de su vida personal y profesional: en ella aprendió los rudimentos básicos del saber sobre los que después asentó sus conocimientos médicos; en ella conoció a algunas personas que a la postre habrían de influir decisivamente en la confección de algunos de sus más importantes trabajos, como ocurrió con Aguilera y sus *Epitomes* de Galeno; en ella, en fin, experimentó algunas vivencias en una edad en la que la mayor parte de los acontecimientos acaban influyendo notoriamente en la formación definitiva del carácter.